

Por amor al esposo celestial.

Reflexiones sobre la clausura* - II

M. Elena Francesca Beccaria osc.

Con toda el alma

Veamos también ahora cómo el elemento más espiritual de nosotras sirve de ayuda a la clausura para madurar en el Señor y encontrar su plenitud. Aquí entra en juego la parte más delicada de nuestra persona, la que será llamada a heredar la vida eterna y que tenemos la responsabilidad de custodiar con particular cuidado, prestando atención a todo lo que puede perturbar, de algún modo, su integridad. Si en la parte anterior, la virtud teologal de referencia era la caridad -por tanto, el amor hacia Dios, hacia nuestras hermanas y hacia todos los hombres- ahora, por el contrario, hablamos de la fe, esa fe hoy tan amenazada -como decía al principio- y que Francisco pedía a Dios “recta” (*PCr* 3). Sabemos además que tanto Francisco como Clara, en sus respectivas *Reglas*, pretenden examinar a los candidatos que se presentan para abrazar nuestra vida “sobre la fe católica y los sacramentos de la Iglesia” (*Rb* II, 2; *RCl* II, 3). Por tanto, la catolicidad, la claridad de nuestra fe, es una cuestión importante para Francisco y Clara, lo mismo que para la Iglesia de hoy.

Al igual que hemos hablado antes de una “clausura del corazón”, podemos ahora hablar de “clausura del alma”, entendiendo con este término la custodia de nuestra alma, para que no se vea agitada por “cualquier viento de doctrina” (*Ef* 4, 14), sino que permanezca firme en la verdad de nuestra fe.

¿Cómo se custodia, pues, esta “clausura del alma”? Seguramente es el mismo Señor quien la cuida, y precisamente por eso creo poder decir que nuestra parte de colaboración está en la oración, esto es, en un justo y sano contacto vital con Él. Si esto es siempre verdad, es decir, en cualquier aspecto de nuestra persona, ¡cuánto más en este caso! Me explico: si el alma del hombre de fe es morada y sede de su Creador -como nos recuerda nuestra Madre Santa Clara (cf. *CtaCla*3 21-24)- Él querrá hacer morada en nosotros en la medida de nuestra fe, medida que no es tanto cuantitativa, porque sabemos que nos basta con un grano de mostaza (cf. *Mt* 17, 20), sino cualitativa, es decir, si realmente en la oración le buscamos a Él, al Dios de Jesucristo, como nos ha sido revelado en la Sagrada Escritura y como la tradición nos lo confirma.

Considero que nuestra vida de clausura nos ayuda a guardar una formalidad en la oración, porque nos convoca por sí misma a la sobriedad, a la esencialidad. El hecho de que debamos, en razón de las *Constituciones Generales*, recitar íntegramente el Oficio Divino según el rito de la Santa Iglesia Romana (cf. *CC.GG.* 651), ya nos asegura una catolicidad. Además la celebración íntegra del Oficio

Divino ocupa ya por sí misma una parte importante de nuestra vida de oración; no queda mucho tiempo para otras cosas.

Estas “otras cosas”, sin embargo, son tradición... Preguntémonos entonces cómo puede ser. Querría detenerme en otras formas de oración que son tradicionales en nuestras comunidades, para entender cómo nos ayudan a conservar una rectitud en la fe, cómo ayudan a esa “clausura del alma” de la que hablaba: formas de oración “distintas”, que pueden afectar tanto a la oración personal como a la comunitaria. Insisto en que nuestra adhesión personal es la base de cualquier oración, también la comunitaria.

Precisamente por esto querría dedicar unas palabras a la oración personal, importantísima para guardar nuestra personal “clausura del alma”, porque es el espacio que nuestra jornada nos ofrece para construir nuestra íntima relación con el Señor de nuestra vida. Como bien sabemos, vivimos una repetitividad en los tiempos y en los lugares para la oración, repetitividad que me gusta además llamar “ritmicidad”. El “ritmo”, en efecto, te arrastra, dejándote además la libertad de una propia creatividad personal: como si se asegurara una base de fondo sobre la que poder moverse libremente. Creo que algo así sucede en nuestra oración. Los tiempos y los lugares son esos: tenemos el tiempo cotidiano de la meditación, siempre ese; y tenemos el lugar, precisamente más o menos igual a sí mismo, también allí donde el monasterio ofrece varios espacios de soledad. Esto nos ayuda a no dispersarnos en elecciones que al final no son esenciales, para concentrarnos en el *unum necessarium* (cf. *Lc 10, 42*). Es obviamente un gran reto respecto a la mentalidad de la sociedad actual, que ve cómo se acortan cada vez más las distancias y, por tanto, ofrece la posibilidad de cambios rápidos y continuos: incluso se nos anima a las peregrinaciones, por motivos espirituales. Esto es bueno, si se hace con equilibrio, sirve para alimentar la fe... ¡pero no es “nuestro”! Lo que es propiamente “nuestro” es ese estar, paciente y confiado, en las raíces del misterio, día tras día, para que cuando llegue el Esposo nos encuentre *allí*, simplemente *allí*; quizá distraídas, cansadas... pero *allí*.

Querría detenerme un poco en este cansancio, porque es de hecho una gran insidia para nuestra vida de oración. No tanto el cansancio en sí mismo, porque es absolutamente normal; el problema está en el modo en que a veces se interpreta. Cada vez con más frecuencia se escucha que nuestra vida, con sus estructuras -horarios fijos, espacios limitados, relaciones obligatorias- es la causa de nuestros momentos de cansancio espiritual, de la aridez, de *akedía*, que diría Evagrio Pónico, por lo que se siente la necesidad de una “recarga”. Si en el caso de la fatiga psico-física -como ya he dicho- puede haber un momento de recuperación en otro lugar, en el caso de la sequedad o de la oscuridad en la oración me parece precisamente que deberíamos ser capaces de penetrar en toda su riqueza en la gracia particular del momento. Esto nos exige una actitud de fe madura. Cito de nuevo la *Venite Seorsum*, que sigue siendo para mí un documento a tener siempre en cuenta por su parte teológica-espiritual inicial:

“La separación del mundo, para vivir en soledad una más intensa vida de oración, no es otra cosa que un modo peculiar de vivir y expresar el misterio pascual de Cristo, que murió para resucitar. [...] Ahora bien, tal muerte de Cristo implica un aspecto real de soledad. [...] Para los cristianos, retirarse al desierto equivale a unirse más profundamente a la Pasión de Cristo y participar en manera especial del misterio pascual y del tránsito del Señor de este mundo a la patria celeste. Por esta razón fueron fundados los monasterios, radicados en el corazón mismo del misterio cristiano” (I)

La aridez ¿no puede ser acaso el momento de gracia en el que nos es dado vivir hasta el fondo el misterio de nuestra vocación, por nosotras libremente aceptada? ¿No puede ser que el Señor nos vea finalmente capaces no sólo de creer en Él, sino también de “sufrir por Él”? (*Fil* 1, 29).

No olvidemos la posibilidad de la ofrenda vicaria, tradicionalmente tan querida por las almas contemplativas: tal vez estamos sencillamente llevando la oscuridad de un alma que no la soportaría, para la cual sería un gran escándalo. Para nosotras, sin embargo, no debe serlo, porque sabemos que está dentro del misterio pascual: nuestra fe puede iluminar esa oscuridad, ¡haciendo presente la luz de Cristo resucitado!

Atención, por tanto, a considerar que la oración personal sólo es buena y agradable a Dios si está llena de consuelo: es una actitud de principiantes en la oración, no de contemplativas, mucho menos de las Hermanas Pobres de Santa Clara, que no deberían temer “*ninguna pobreza, cansancio, tribulación*” (*RCl* VI, 2). La *Venite Seorsum* trae, en la nota 24, una bella cita de San Juan de la Cruz, que viene al caso: “*Con el fin de darnos un buen ejemplo, nuestro Salvador elegía lugares solitarios para orar, lugares que no ocupasen demasiado los sentidos, sino que elevaran el alma a Dios*”. A menudo, en cambio, pensamos que cuanto más gratificados sean los sentidos más encontramos al Señor, y esto es un engaño. Es verdad, somos hijas de Francisco, para nosotras las criaturas “*portan significado*” de Dios (*cf. CSol* 7), lo que ayuda a su encuentro; pero debemos tener cuidado de no absolutizar este discurso, so pena de caer en esa aberración de la fe que es el pensamiento de que la *new age*, según el cual Dios está cerca de mí en la medida en que “lo siento”.

En este sentido, recomiendo un documento valioso, tal vez poco conocido, publicado por la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 15 de octubre 1989, y firmado por el entonces cardenal prefecto Joseph Ratzinger (publicado en *Forma Sororum*, 1990 n.1). El documento trata de *Algunos aspectos de la meditación cristiana*: no es casualidad que la Congregación para la Doctrina de la Fe haya visto oportuna la publicación de un documento sobre la oración cristiana... ¿Veis cómo es verdad que la oración bien hecha es la que mantiene la “fe recta”? Cito sólo una de las frases finales:

“El amor de Dios, único objeto de la contemplación cristiana, es una realidad de la que nadie puede tomar posesión con cualquier método o técnica; de hecho, siempre hemos de tener nuestra mirada fija en Jesucristo, en cual que el amor divino está junto por nosotros en la cruz,

hasta el punto de que Él asumió también la condición de alejamiento del Padre. Por lo tanto, debemos dejar que Dios decida la forma en que Él nos quiere hacernos partícipes de su amor” (31).

Si estamos llamados en la oración a asumir los sentimientos de Cristo (*Fil 2,5 ss.*), entonces esperemos que, lo mismo que llegan los momentos de gozo espiritual, así llegarán también los de tribulación... También aquí hay que saber “estar”, fieles a este aspecto de la “clausura del alma”.

En lo que respecta a las formas de oración -personal y comunitaria- “distintas”, respecto al Oficio Divino, me parece justo partir de una oración por todas muy amada, porque es profundamente nuestra: la **adoración** eucarística. No es pura casualidad si la tradición iconográfica nos ha legado la imagen de Clara con el copón o la custodia en la mano: es casi una indicación que ella misma nos dejó, como si nos dijera: “*Aquí está todo lo que necesitáis*”. Cuando la *Verbi sponsa* nos recuerda que nuestra opción de vida “*excluye la participación física en acontecimientos y ministerios de la comunidad eclesial, y que por tanto no debe ser requerida*” (11b), me parece a mí que quiere decirnos simplemente esto: “allí, en el sagrario, encontráis todo lo que puede alimentar vuestra fe; no necesitáis ir a buscar a otra parte”. Si nuestra misión eclesial es “*la oración continua, la oblación de sí misma y la ofrenda del sacrificio de alabanza*” (*VSp 7*), éste es el modo para nosotras de participar en cualquier acontecimiento eclesial: estar delante de Él, en la oración, en la alabanza, incluso en la ofrenda del sacrificio de renunciar a una participación diferente. Por otro lado, si nuestra vida está orientada a la búsqueda de su rostro (cf. *ibid*, 10), nosotras podemos encontrarlo tranquilamente en el coro... Y si estamos aquí es porque hemos entendido lo importante que es que haya alguien en la Iglesia que acompaña cada uno de sus pasos en el silencio de la oración, apoyando su éxito desde detrás de los bastidores. Jesús, al llamarnos aquí, nos ha querido confiar esta importante misión, a la que debemos dar toda su importancia. Recuerdo que Juan Pablo II, al final de una Jornada Mundial de la Juventud, agradeció públicamente a las monjas de clausura y a los enfermos el haber apoyado, con su oración y su sacrificio, esos días de gracia. Fue un bellissimo reconocimiento: para los enfermos, pero aun más para nosotras, que libremente hemos elegido, por amor, permanecer “inmovilizadas”, ¡compartiendo también así la suerte de los hermanos más pobres!

En efecto, me parece que éste es el primer y más importante modo de mantener la fe “recta” y el alma custodiada: mirarle a Él vivo y presente en medio de nosotras y en Él llegar a toda la Iglesia y a toda la humanidad.

Otra forma segura de oración es la **lectura orante de la Palabra**, ahora ampliamente accesible para cada una de nosotras, a diferencia de lo que ocurría en otro tiempo. ¿Quién mejor que nosotras en la Iglesia está llamado a acoger la Palabra, a hacerse seno del Verbo, como María, para que Él pueda

todavía y siempre plantar su tienda entre los hombres? (cf. VD 50). Y acoger para a continuación llevar y meditar -en el discurrir paciente de nuestras jornadas-, con el fin de que precisamente en ese contacto asiduo y fiel con la Palabra, nuestra propia fe se purifique y se “enderece” y nuestra vida se vuelva cada vez más “*exégesis viva de la Palabra de Dios*” (*ibid*, 83), para que la Iglesia y el mundo puedan leer con transparencia y con seguridad lo que el Espíritu quiere decir hoy a cada uno y a todos.

Aclarado que la Adoración al Santísimo y la lectura de la Palabra son formas del todo privilegiadas de encuentro con nuestro Dios, queda ahora por considerar la variada gama de las llamadas oraciones devocionales, es decir, que expresan ese modo más íntimo y afectuoso de vivir la propia relación con Él. Y esto tanto a nivel personal como comunitario. Así como cada alma tiene sus propias devociones, que hablan de su intimidad con Él -su relación única e irrepetible con Él-, lo mismo sucede en una comunidad: hay formas de oración comunitaria que hablan de la intimidad de relación con Él de toda la comunidad, incluso antes que toda la Orden. Y éste es un aspecto significativo, sobre todo para una Orden de clausura, que hace de la oración el pilar de su vida.

El Oficio Divino es de hecho la oración que nos une espiritualmente a todo el Cuerpo de la Iglesia, precisamente porque *es* la oración de la Iglesia. Pero es hermoso que sea una oración que manifiesta también la devoción de la Orden y de la comunidad, que habla de nuestro modo más afectivo de ponernos ante Dios, esa manera que se ha construido durante siglos de vida y, por lo tanto, lleva todo el peso de la tradición. En este sentido, las *Constituciones Generales* (cf. 78) recomiendan algunos ejercicios especiales de piedad -Vía Crucis, Corona franciscana- y piden que se haga especial hincapié en alguna solemnidad: estas tradiciones nos ayudan a definir nuestra identidad específica de la Orden, nos unen en una oración que es precisamente nuestra.

En lo que respecta a la comunidad, leyendo la vida de nuestras santas a mí me ha parecido percibir verdaderas y específicas llamadas comunitarias para ofrecer sus oraciones por ciertas categorías de personas. Sólo menciono, por ejemplo, la vivencia en la que se vio involucrada nuestra comunidad de Montefalco, en la oración por un alma sacerdotal purgante por haber dilapidado bienes de la Iglesia. Misteriosamente se presentaba ella misma en el torno de la sacristía a pedir sufragios, que pagaba regularmente: las hermanas aún conservan uno de los billetes de 10 liras dejados por la llamada “pequeña alma”, procedente directamente del Cielo... Desde entonces, la comunidad jamás ha dejado de ofrecer sufragios especiales por las almas del Purgatorio.

Así sucede también con las devociones especiales a algún aspecto del misterio de Jesús o de la Virgen María, o de algún santo: hablan de nuestra vida espiritual comunitaria, y, por tanto, de algo que define nuestra identidad de manera muy profunda. Decía que hablan de una manera más afectiva de la oración. Así como conocemos algo muy íntimo y particular de una persona cuando conocemos sus devociones, lo mismo se puede decir de la vida de una comunidad: acaso sea útil en primer lugar para

nosotras, a nosotras como comunidad, porque entenderemos algo mejor la llamada particular que el Señor nos ha dirigido, llamada a la que es hermoso y justo permanecer fieles.

Es cierto que el Concilio nos ha enseñado (cf. *SC* 13; *LG* 67) -y nuestras *Constituciones Generales* (cf. 78) lo recuerdan- a recuperar la centralidad de la Palabra de Dios, recomendando que también las devociones se basen en la misma y tengan un adecuado fundamento teológico. En este sentido se ha llevado a cabo -en la Iglesia y en nuestras comunidades- un gran trabajo de poda, de retorno a la esencialidad. Pero considero importante que se mantenga la tradición de expresar las propias devociones a través de una oración coral: algo sobrio, por supuesto, que no desequilibre ni haga pesada la armonía de la oración de la comunidad, dando demasiado espacio a los momentos de silencio; y correcto también desde el punto de vista formal. Pero está bien que permanezca algo que nos una a todas en la expresión de nuestra devoción: creo que nos ayuda, como manifiestan siempre las jóvenes. A menudo lo piden ellas mismas, tal vez porque, como personas en el inicio de un camino espiritual, les cuesta más mantener una concentración de la mente en la oración silenciosa.

Claro, la oración devocional es un modo más afectivo, pero, repito, es hermoso -y hermoso en cuanto humano- que una comunidad sepa expresar de un modo más subjetivo, más personal, el propio mundo afectivo en la oración. El entonces cardenal Joseph Ratzinger, en un artículo acerca de la encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, reclamaba la importancia de una oración en la que entren también los sentimientos, las pasiones, “*sin las cuales es inconcebible la Pasión del Hijo. [...] Está claro que no podía haberse llevado a cabo la Pasión sin las pasiones. El sufrimiento supone la capacidad de sufrir, y la capacidad de sufrir la sensibilidad, el afecto, la emotividad, el sentimiento*”.

Me parece, por tanto, que también este aspecto sirve para definir los límites de una “clausura del alma”, límites esta vez comunitarios, que hablan de una implicación afectiva de todas. Al respecto me viene a la mente el ejemplo de paraliturgia que nos transmite la *Leyenda de Santa Clara*, que es la liberación de la ciudad de Asís sitiada por las tropas de Vitale d'Aversa, que Clara y las hermanas logran por la fuerza de su oración, acompañada por el ayuno, pero también por un incisivo gesto penitencial comunitario, el de rociar de ceniza su cabeza y las de sus hijas (cf. *LCl* 23). Lo menciono como ejemplo de una forma de oración comunitaria que implica a la persona completa, cuerpo incluido, para exteriorizar con claridad a Jesús los sentimientos que animaban la oración de las hermanas en ese momento dramático.

Con toda la mente

Una vida contemplativa requiere también una formación del pensamiento, para que se dirija de continuo hacia Dios, constantemente ocupado en la búsqueda de Él, en ese *quaerere Deum* que Benedicto XVI recordó con tanta claridad en su visita pastoral a Francia, al dirigirse al mundo de la

cultura, el 12 de septiembre de 2008. Cuando habla de la actividad intelectual de los monjes, que marcó el desarrollo del pensamiento occidental y puso las bases de la Europa de hoy, dice:

“No era su intención crear una cultura. [...] Su motivación era mucho más elemental. Su objetivo era: quaerere Deum, buscar a Dios. En la confusión de los tiempos en los que nada parecía resistir, ellos querían hacer lo esencial: comprometerse a encontrar lo que vale y permanece siempre, encontrar la Vida misma. De las cosas secundarias querían llegar a las esenciales, a lo único que es verdaderamente importante y fiable. [...] Detrás de las cosas provisionales buscaban lo definitivo. Quaerere Deum: como eran cristianos, no se trataba de una expedición en un desierto sin caminos, una búsqueda hacia una oscuridad absoluta. Dios mismo había puesto señales en el recorrido, incluso había allanado un camino, y la tarea consistía en encontrarlo y seguirlo. Este camino era su Palabra. [...] Por tanto, la búsqueda de Dios requiere, como necesidad intrínseca, una cultura de la palabra [...], la biblioteca forma parte del monasterio. [...] Benito llama al monasterio dominici servitii schola. El monasterio sirve para la eruditio, para la formación y a la erudición del hombre, una formación con el objetivo último de que el hombre aprenda a servir a Dios. Pero esto implica también la formación de la razón, la erudición, sobre cuya base el hombre aprende a percibir, en medio de las palabras, la Palabra”.

Esto para San Benito. Nosotras somos hijas de Clara de Asís, que en la *Forma vitae* recomienda: *“Y las que no saben letras, no se cuiden de aprenderlas; sino que atiendan a que sobre todas las cosas deben desear tener el Espíritu del Señor y su santa operación, orar siempre a él con puro corazón”* (RCl X, 8-10). Somos hijas de Francisco, que en la VII *Amonestación* nos previene sobre querer *“saber únicamente las palabras solas, para ser considerado más sabios”* y *“explicarlas a los demás”*, y nos recomienda que demos a Dios toda ciencia *“con la palabra y con el ejemplo”*; y a Antonio le dice: *“me complace que enseñes la sagrada teología a los hermanos, siempre y cuando en esta ocupación no se apaguen tu espíritu de oración y devoción”* (LAnt 2).

Así pues, ¿cuál es la adecuada formación del pensamiento de una vida de clausura clariana, teniendo en cuenta que Clara, en el desarrollo de su *Forma vitae*, ha realizado una síntesis original y diría que única entre el monacato tradicional y los movimientos evangélico-penitenciales? ¿Cómo guardar en nuestra vida una “clausura de la mente”, para poder vivir únicamente orientadas a las cosas de Dios, llevando al mismo tiempo en el corazón la solicitud por la Iglesia y por el mundo?

La **formación de la razón** es indispensable: en esto también la *Verbi sponsa* es muy clara (cf. 22-24). Hago hincapié en que nuestra Madre Santa Clara en la *Forma vitae* se dirige a *“las que no saben leer”* (RCl X, 8). En San Damián había quien sabía leer: Clara misma y probablemente el grupo de hermanas procedentes de la nobleza de Asís, que se reunieron enseguida en torno suyo. La riqueza de citas bíblicas y escritos patrísticos de los escritos Clara nos habla de su conocimiento de la Palabra

y de las palabras que le transmitieron el pensamiento de Dios. Asimismo Francisco está contento de que a los hermanos se les enseñe la teología; los quería preparados: ¡Cuán necesario era esto en un momento en el que pululaban movimientos heréticos! El ejemplo de Antonio y su incansable predicación valga por todos.

En cuanto a nosotras hoy en día, creo que es justo y conveniente que quienes tienen una buena preparación cultural de base cultiven el estudio y la profundización en los temas relevantes de nuestra vida: por ello es importante que también en nuestros monasterios haya bibliotecas actualizadas y con contenidos válidos. Incluso la *Potissimum institutioni* -Instrucción publicada en 1990 por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica sobre la formación en los institutos religiosos- en lo que se refiere a la formación de los contemplativos dice: “... en el contexto del mundo actual hay que esperar también de los miembros de estos institutos un nivel de cultura humana y religiosa que se corresponda con las necesidades de los tiempos” (75), y recomienda “crear las condiciones favorables para el estudio personal y la lectura, con la ayuda de una buena biblioteca en constante actualización” (84).

Pero debemos prestar mucha atención a que la formación intelectual no sólo “no extinga el espíritu de la santa oración y devoción” (LAnt 2), sino que también le sirva y lo promueva. Creo que, como hijas de Francisco y Clara, deberíamos formarnos en una simplicidad de la mirada, de lectura de la realidad, en esa “sabiduría del corazón” (VSp 22), que es lo que el mundo y la Iglesia esperan de nosotras. No es casualidad que Francisco, en el *Saludo a las virtudes*, una la sabiduría a la simplicidad: “Dios te salve, Reina Sabiduría, / el Señor te salve / con tu hermana, la santa, pura simplicidad” (1). La verdadera sabiduría es, de hecho, sencilla; ayuda a purificar y unificar la mirada de la mente y del corazón para recogerlos en Dios solo, para después, desde allí, desde este observatorio privilegiado, dirigirse a las cosas del mundo. Aquí se encuentra nuestra función profética: saber leer la realidad con los mismos ojos de Dios, para ayudar en esto, a los hermanos y hermanas; también incluso a los propios hermanos, por vocación más inmersos en las cosas del mundo, con el riesgo de una mayor distracción en la búsqueda de Dios solo.

“La formación de las contemplativas es principalmente formación en la fe; fundamento y primicia de una auténtica contemplación” (VSp 22): nuestra formación debería llevarnos a saber acoger la presencia de Jesús en nuestra realidad cotidiana, con sus dificultades, sus contradicciones, sus límites. Si esto vale para todas las contemplativas, ¡cuanto más para nosotras, Clarisas! El primer examen que Francisco hace a las hermanas de San Damián es básicamente un examen sobre la fe:

“Luego Francisco, considerando atentamente que si bien éramos frágiles y débiles según el cuerpo, no rehusábamos ninguna necesidad, pobreza, trabajo, tribulación o menosprecio y desprecio del mundo, antes al contrario, los teníamos por grandes delicias [...] se alegró mucho en el Señor” (TestCl 27-28).

Bajo la cruz se verifica la pureza de nuestra fe, por lo que la sabiduría en la que debemos formarnos es la sabiduría de la cruz: también en esto podemos ofrecer una gran ayuda a la Iglesia y a los demás en el mundo -en la oración, en primer lugar, o cuando se nos pide también a través de testimonios directos-, iluminando con la luz de la fe en el Señor Jesús, crucificado y resucitado, sus vivencias cotidianas, más o menos dramáticas y contradictorias.

Asimismo, como dice Santiago: “*La sabiduría que viene de lo alto es sobre todo pura, después pacífica, mansa, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y sincera*” (St 3:17). La verdadera sabiduría lleva frutos de paz y justicia a la vida cotidiana. Creo que Francisco entiende esto cuando la *VII Amonestación* pide devolver a Dios, con las palabras y el ejemplo, la ciencia adquirida: si la sabiduría viene realmente “de lo alto” nos ayudará a vivir con mayor plenitud el Santo Evangelio, para ser instrumentos de paz con palabras y hechos, para edificar la comunidad en la caridad, en la mansedumbre, en verdad... También esta actitud será un banco de prueba de la calidad de nuestra sabiduría: ¿cuánto más necesitamos para amar a Dios y a las hermanas?

Si ésta es la sabiduría en la que debemos formarnos, será preciso llevar a cabo un **discernimiento** sobre las informaciones que llegan al monasterio, partiendo del hecho de que la información por sí sola no es suficiente para formar, y que en cualquier caso no todas las informaciones son formativas para una clarisa. Venimos de un mundo donde impera una cultura mediática que permite recoger una multiplicidad de informaciones en un corto período de tiempo, por lo que estamos literalmente “bombardeadas”. En cambio, lo que debería preocuparnos no es tanto la cantidad de información cuanto la calidad. Clara habla de *rumores de saeculo*, como de aquello que las hermanas *servientes extra monasterium* no deben llevar dentro (cf. *RCl IX*, 16). Podemos correr el riesgo de que algo de lo que hoy entra en los monasterios a través de periódicos, video, internet, pueda ser definido precisamente así: hace ruido, el ruido dentro de la cabeza, distrae de ese *quaerere Deum* que la Iglesia espera de nosotras. He observado que un motivo que se da para justificar un exceso de información es por lo general éste: “*Nuestra oración por el mundo requiere que estemos al día, que sepamos lo que pasa*”. Es verdad, pero me pregunto si es tan esencial conocerlo en detalle, teniendo en cuenta el hecho de que nuestra vida, tan decididamente dirigida a la interioridad, crea en nosotras una sensibilidad muy particular, casi materna, hacia los dramas del hombre, y cada uno tiene una especial resonancia dentro de nosotras muy intensa. Tal vez baste sólo con saber el dolor que habita en el corazón del hombre, sin tener necesariamente que investigar a fondo los motivos y detalles. Como dice la *Verbi Sponsa*: “*Las monjas reciban la debida información acerca de la Iglesia y del mundo, no la multiplicidad de las noticias, pero sabiendo captar las esenciales a la luz de Dios, para llevarlas a la oración, en sintonía con el corazón de Cristo*” (20). En este sentido recomienda usar “*con sobriedad y discreción [...] con prudente discernimiento*” (*ibid*) los medios de comunicación social.

Unas palabras también sobre las salidas de clausura para la formación. Es oportuno organizar **cursos y conferencias**, para acudir en ayuda de los monasterios con menos recursos internos, superando el límite debido a la clausura y, al mismo tiempo, ser capaces de llegar a más hermanas de diferentes monasterios. De este modo se crean también valiosas oportunidades para crecer en el conocimiento mutuo, para una confrontación sobre nuestra *Forma de vida* y, por tanto, para hacer más estables la comunión y el espíritu de la “Orden”. También la *Verbi sponsa* contempla, de hecho, esta posibilidad (cf. 19, 24). Hay que cuidar más bien la forma de estos encuentros, para que sea posible mantener un estilo “nuestro”, es decir, sin perder el espíritu de la “santa oración y devoción”. En este sentido la *Verbi sponsa* recomienda que los encuentros se organicen de tal manera “*que se respete el carácter fundamental de la vocación contemplativa cerrada*” (24), y pide que “*preferiblemente dichas reuniones se lleven a cabo en un monasterio de la Orden*” (19). Hago hincapié en “preferiblemente”, porque soy consciente de que hoy tal recomendación es muy difícil de realizar por razones prácticas. Es, sin embargo, importante recordarla para entender que la Iglesia quiere que preservemos lo más posible un clima determinado, porque sólo dentro de este clima el encuentro será realmente formativo. Si se trata de una asamblea, el clima de recogimiento, incluso fraternal y alegre, ayudará a implicar vitalmente en el encuentro con la Persona del Señor Jesús: si es cierto que donde dos o tres se reúnen en su nombre, Él se hace presente (cf. *Mt* 18,20), también es cierto que hará falta espacios de silencio, de oración, de escucha para oír su voz. Si se trata de cursos de formación, no se olvide que tenemos que formarnos “*principalmente en la fe*” (cf. *VSp* 22), y por lo mismo será importante prever en el horario de la jornada espacios de encuentro con Él, que nos introduzcan en el misterio de nuestra llamada. En resumen, deberemos prever ciertas formas que favorezcan un ritmo contemplativo, para que Aquel que es el Señor de nuestra vida permanezca siempre como centro de nuestra formación y de nuestros encuentros.

En este sentido situaría también la recomendación de la *Verbi sponsa* respecto a la frecuencia de estas reuniones (cf. 19), y el énfasis sobre el hecho de que no sustituyen a la formación “*en casa*” (cf. 24). No obstante, estas reuniones siguen siendo una excepción en un proceso de formación inicial y permanente que debe realizarse todo lo posible en el interior del monasterio: esto porque ahí se realiza también nuestro camino de conversión y de la salvación, y ahí debemos aprender a encontrar a la Persona viva del Señor Jesús, que da luz y sentido a toda nuestra vida. Los momentos fuertes de formación fuera del monasterio están orientados a ayudarnos a regresar “dentro” y dar sentido a nuestra vida cotidiana, en su sencillez, en su pobreza de estímulos: la verificación de la bondad de un curso de formación, un congreso, una asamblea, se tendrá en este contexto, y se realizará en los parámetros muy sencillos de nuestra vida de trabajo y la oración, en fraternidad. De lo contrario el curso habrá sido un momento de evasión, ¡que quizás haga todavía más costoso el regreso!

Creo que es también un gran desafío para la cultura actual, que tiende a multiplicar las iniciativas, oportunidades, porque hay más facilidad de desplazarse, organizar... Tal vez con nuestras vidas debamos decir que bastan pocas cosas, de calidad. Porque si un curso es un curso de calidad, requiere tiempo para ser asimilado, requiere la relectura, la profundización, la oración, la discusión, todas las cosas que se puede y se debe hacer en nuestras jornadas, que, bien establecidas, nos dejan espacios suficientes para este trabajo de descenso en profundidad, que considero, por lo demás, muy nuestro, tan mariano, o más generalmente femenino. Me parece hermoso recordar, al respecto, las palabras de nuestro Padre San Francisco al final de la vida, cuando un hermano le instaba a leer algunos pasajes de la Sagrada Escritura para su consuelo espiritual: *“Está bien leer el testimonio de la Escritura, y está bien buscar en ellos al Señor nuestro Dios. Pero, en lo que a mí respecta, he meditado tanto las Escrituras que es más que suficiente para mi meditación y reflexión. No necesito más, hijo: conozco a Cristo pobre y crucificado”* (2Cel 105). Aquí está la sabiduría de la cruz de la que hablaba antes: y por eso no hay necesidad de saber muchas cosas. En verdad, quizá sepamos ya lo suficiente, ¡pero tenemos necesidad de leerlo con la mirada apropiada!

Otra consideración: los cursos y conferencias se dirigen inevitablemente a pocas hermanas de cada comunidad. Por supuesto, esas pocas serán capaces de traer a casa la riqueza adquirida y hacernos partícipes de ella a las demás, pero en una comunidad contemplativa es importante proteger un camino compartido tanto como sea posible, porque esto crea fraternidad, crea comunión. En este sentido, es importante contar con espacios para compartir en casa, una especie de laboratorio donde, juntas, se retomen los contenidos: también así una comunidad crece, y crece conjuntamente, algo tan importante para nosotras, hijas de Clara.

La última observación: veo que lo que se requiere en nuestros cursos con una frecuencia cada vez mayor es la presencia de una hermana clarisa, que aporte al contenido también la experiencia de su vida. Por supuesto, es importante que, incluso entre nosotros haya hermanas - aquellas que pueden hacerlo sin poner en riesgo su propia vida de contemplación, es decir, sin perder el “espíritu de oración y devoción”- que preparen una palabra fundada sobre nuestra vida, porque tal vez nosotras más que cualquier otra persona, podamos y debamos saber lo que realmente nos ayuda a vivir plenamente el maravilloso misterio de nuestra vocación, podamos entender lo que necesitamos para mantener una “clausura de la mente” y lo que nos lleva, por el contrario, lejos de Él, nuestro único y sumo Bien. Está bien, por tanto, que las hermanas que tienen capacidades dediquen tiempo y esfuerzo al estudio y profundización de los contenidos de nuestra vida: esta auto-formación nos ofrece una valiosa oportunidad para precisar y profundizar nuestra identidad, algo de lo que todas tenemos tanta necesidad. Y es signo de fraternidad la disponibilidad que estas hermanas ofrecen para compartir el fruto de su estudio con su presencia en los cursos federales o en otros monasterios donde falta esta oportunidad. Por supuesto, todo debe hacerse con equilibrio y mesura, por respeto a la vida de las

hermanas interesadas y de sus comunidades. Y es verdad también que se puede hacer mucho mediante la circulación del material de formación; el mundo de la informática es aquí realmente valioso y útil.

(Continuará)

Monasterio S. Chiara

Vita Vitellia, 97

00152 Roma

“En cuanto a nosotros, debemos hacer guardia como conviene a los súbditos de nuestro Dios y Rey, vigilantes en armas en nuestro servicio de oración por la tarde, por el día y por la noche” (Juan Clímaco).

“[...] Una escucha acogedora, como regazo que acoge y que se hace caja de resonancia del grito de los pobres al Padre de la misericordia” (P. Michael Anthony Perry).

“Pero ¿qué es el éxtasis? La separación de una dimensión, que entretiene al hombre, lo tiene prisionero y lo limita. La liberación de sí mismo, de la pequeñez del hombre que querría abarcarlo todo. Un extraño momento, en el cual la conciencia de la pequeñez se transforma en la grandeza sin límite. La apertura del corazón, del alma, de toda la naturaleza humana hacia el infinito. ¿Qué decir? ¿La impresión del cielo? No llego a definir qué es mi éxtasis. En él hay gozo, paz profunda, un mar de gratitud; es simplemente oración. Una oración en la que no hay palabras, sólo un único y gran impulso de adoración” (Wanda Póltawska).

“Las comunidades de clausura [...] están siempre “de salida” con la oración, con el corazón abierto al mundo, a los horizontes de Dios” (Papa Francisco).

*Se trata de encuentros de formación celebrados en un monasterio de clarisas. Hemos mantenido su estilo coloquial. Publicado en *FORMA SORORUM, lo sguardo di Chiara d'Assisi oggi*, 5-6 / 2014, pp. 232-245